

El Cairo en tu antebrazo

Hoy te vi sentada a la mesa de junto.
Te mordía el antebrazo un brazalete verde
igual a la serpiente
hechizada en tus ojos en alguno
de los mil callejones del Cairo que desembocaron
en tu brazo y tu paso tus meneos
o el anillo que dijo éste es mi dedo, ésta mi dueña
(Así tropezaron mis amores
una tersa mañana cuya fecha
es parte de la historia).
Esa mujer no eras tú pero podía serlo.
No eras tú porque un brazalete verde
sólo puede hundirse en tu carne
como se hunde en tu carne,
elogio al tirante que divide
la parte de bronce de tu espalda
de aquélla donde se afanan las blancuras
y le dicen al sol vuelve mañana.
Enfrente no me miraban las palmeras.
Estaban ahí los altos pinos. Estuvieron ayer
pero nunca tocaron el cielo tan de cerca.
Les dediqué mis ojos con la misma humedad
con que te descubrí sentada a la mesa de junto
ceñido el antebrazo, el muslo encaribado,
para decirme así que vienes pronto,
que abril es todo el año, que ya siempre. ♦

